

© *Temas*, n. 2, abril-junio de 1995, pp. 49-57.

Miradas desde afuera: política y estudios sobre Cuba y los Estados Unidos

Jorge Hernández Martínez

Sociólogo. Centro de Estudios de Alternativas Políticas (CEAP).

Los estudios académicos sobre Cuba se dinamizan en la década del 90. Estos giran esencialmente en torno a problemas internos de la sociedad cubana, tanto en el orden económico, como político, social e ideológico. Ello ocurre en la misma medida que discurren dos procesos dialécticamente entrelazados: de un lado, la profundización de la crisis económica que desemboca en el llamado Período especial en tiempo de paz; y de otro, la reafirmación de la identidad socialista de la Revolución cubana, de su proyecto de liberación e independencia. En ese empeño, se avanzan pasos orientados a remontar la coyuntura crítica y a la sobrevivencia revolucionaria cubana como proceso histórico y como nación. Entretanto, las reflexiones directas e indirectas del tema cubano que miran adentro desde el exterior se acumulan en diversos y variados espacios geográficos, en el «norte» y en el «sur», aunque mantienen su gravitación especial en los Estados Unidos, cuya política invariablemente hostil hacia la Isla descansa a menudo en percepciones similares o cercanas a las que prevalecen en esos estudios.

No se trata de que estos últimos se subordinen necesaria o automáticamente a la política norteamericana —aunque ello también suceda—, sino que se comparte como premisa común la tesis de la inviabilidad y la eventual caída del socialismo en Cuba. En ello se mezclan variados factores, de índole intelectual y política: el enfoque antimarxista tradicional, el desencanto de los que creyeron en la Revolución y el socialismo, junto a la intolerancia de los conservadores.

Aunque tales estudios no se subordinen a la administración de turno en los Estados Unidos, el medio académico refracta ese contexto sociopolítico en el cual se inserta. Así ocurre que, a tono con el fenómeno de generalización de la ideología dominante en toda sociedad de clases, en ellos se refleja y socializa a menudo el enfoque negativo sobre Cuba que ha existido en las instancias gubernamentales y en la política aplicada durante más de treinta años.

Desde luego, la complejidad característica de los estudios cubanos en el medio académico norteamericano no se agota en lo expuesto. En ellos se dibuja un amplio arco ideológico, en el que se conjugan y coexisten posiciones políticas y paradigmas teóricos muy diferenciados. No puede obviarse la significación, desde ese ángulo, de una serie de trabajos que se apartan de la caracterización anterior, distinguibles por su objetividad, sustentación histórica y configuración dialéctica, si bien éstos no son el foco donde se centra este ensayo.¹

A pesar de los cambios operados en el sistema de relaciones internacionales entre los finales de la pasada década y los comienzos de la actual, pareciera que muchos de los enfoques académicos continuaran marcados por un elevado coeficiente ideológico anticomunista —el lenguaje dogmático de la guerra fría. Ello hace aún válida la observación de William Leo Grande, cuando aseveraba a inicios de los años 80 que «el estudio de Cuba ha sido tradicionalmente más ideográfico que analítico».² También hace legítima la preocupación de Marifeli Pérez-Stable, quien recientemente lamentó que el campo de los estudios cubanos haya sido distorsionado por las percepciones ideológicas de los académicos, tanto de los que justifican como de los que cuestionan a la Revolución cubana.³

No ha podido ser de otra manera: el tema sigue despertando demasiada emotividad, de manera que muchos estudios insertados en ese campo están asociados al posicionamiento ideológico.⁴ Tras el creciente academicismo que se viene apreciando, sigue en pie la interrogante introducida por Nelson P. Valdés, relativa a la necesidad de determinar si, tras tal apariencia, ese lenguaje profesional no conlleva en realidad un manto más complejo y sofisticado de preferencias político-

ideológicas.⁵

Desde el punto de vista temático, los estudios sobre Cuba en los 90 intentan apresar una gran diversidad de problemáticas consustanciales a la sociedad cubana y a las esferas de la política y la economía, fundamentalmente en su dimensión interna, incluyendo la perspectiva histórica.⁶ Las reflexiones sobre el significado de la desaparición de los lazos cubanos con el campo socialista, la reinserción internacional de Cuba y sus relaciones con los Estados Unidos han recibido también, en los últimos tiempos, una atención destacada. Sin embargo, la discusión sobre la *transición* hacia la *nueva sociedad*, o la llamada *Cuba poscastrista*, se encuentra en el centro de los esfuerzos que se vienen gestando desde comienzos del actual decenio en el terreno de las ciencias sociales. De esta manera, la perspectiva orientada al *diagnóstico* y caracterización objetiva de los procesos bajo análisis tiende a sustituirse, en los estudios aludidos, por otra, basada más bien en el *pronóstico*, con una connotación prescriptiva, que pretende fijar las pautas a seguir en el reordenamiento futuro de la sociedad cubana.

El presente trabajo examina algunos de esos temas —aquellos que poseen una connotación básicamente sociopolítica— e incursiona en las aproximaciones que nos presenta la cubanología más reciente.⁷ Se parte del presupuesto de que éstas se vertebran, en gran medida, a nivel conceptual, con determinada coincidencia respecto a las visiones políticas que en los Estados Unidos contribuyen a articular el discurso gubernamental y ciertas propuestas de la comunidad cubana.

Para ello; se presenta primero un panorama contextual sobre la funcionalidad y desarrollo de los estudios en cuestión; luego se procura poner de relieve la coincidencia antes aludida; por último, a partir de las implicaciones que suponen esas referencias, se exponen las principales argumentaciones que se manejan en los estudios actuales que se elaboran en los Estados Unidos sobre Cuba.

Política y funcionalidad de los estudios sobre Cuba en los Estados Unidos

El incremento paulatino de los trabajos académicos sobre Cuba tiene lugar en los primeros años de la década del 60, como resultado de la consolidación de la Revolución en ese período, así como del fracaso de las acciones de los Estados Unidos y de la contrarrevolución interna para destruirla. Tales trabajos «comenzaron con frecuentes incursiones de autores independientes y sin investigaciones insertadas en programas de distintas universidades e instituciones. La quiebra de las predicciones sobre la imposibilidad de la consolidación de la Revolución cubana fue haciendo evidente la necesidad de que las instituciones con espacios para la investigación de los problemas del comunismo desde la perspectiva burguesa, incluyeran a Cuba como objeto de estudio específico. Los avances revolucionarios en Cuba obligaron a que los esfuerzos para estudiarla, incluidos los que habían surgido espontáneamente en los medios académicos, básicamente en los Estados Unidos, adquirieran un mayor nivel de organización y sistematicidad, sobre la base de fondos provenientes de diversas fuentes. En el financiamiento se involucraron inicialmente algunas oficinas gubernamentales. El proyecto Camelot, de factura gubernamental, se convirtió en un mecanismo académico que aprovechó la experiencia de los estudios regionales (*area studies*) para el impulso de las investigaciones sobre América Latina y Cuba en particular, con propósitos asociados a políticas de contrainsurgencia [...] Hitos importantes en el auge de los estudios latinoamericanos, con énfasis en la Revolución Cubana, fueron la creación entre 1961 y 1965 de centros de estudios sobre este tema en distintas universidades».⁸

Ya hacia la segunda mitad de ese mismo decenio, se ha superado el pedo do de compilación y se ha pasado a

«ofrecer resultados académicos concretos de forma sistemática. En numerosas universidades e instituciones existían programas de investigación colectiva de corte multidisciplinario sobre América Latina y particularmente sobre Cuba; se han incrementado también los contactos académicos y de intercoordinación entre los investigadores y las instituciones dedicadas al estudio de Cuba».⁹

Hacia los años 70, los estudios sobre Cuba en los Estados Unidos ya conforman un determinado cuerpo o subsistema dentro del sistema más amplio de los estudios latinoamericanos. En ese sentido, se han sistematizado y colectivizado las investigaciones, estructurado centros especializados en el campo de la latinoamericanística y formalizado las fuentes de financiamiento; a ello se suma el desarrollo del intercambio académico con la Isla.¹⁰

Reflexionando sobre la funcionalidad ideológica y política de la latinoamericanística estadounidense, Carlos Marichal recordaba que en su viejo libro *El opio de los intelectuales* (1956), Raymond Aron hacía hincapié en la capacidad del sistema norteamericano para utilizar a los intelectuales -definidos en el lenguaje común como "expertos"- para promover y legitimar los objetivos de la administración en el poder. Aron señalaba que esta situación contrastaba notablemente con el caso francés, donde, si bien el intelectual gozaba de un gran prestigio social, era frecuentemente muy crítico de su sociedad y de la estructura de poder».¹¹

Siguiendo esa idea, Marichal precisaba que «la discusión sobre el papel y la función ideológica de los intelectuales —conservadores o radicales- a lo largo de los últimos decenios dentro de la sociedad estadounidense puede resultar de utilidad para analizar una amplia gama de problemas contemporáneos. Más específicamente, no existe duda de que la relación entre la academia y la política ha tenido un profundo impacto sobre el tipo y número de estudios efectuados por los universitarios en el terreno de áreas prioritarias para la política exterior norteamericana, como es la de los estudios latinoamericanos».¹²

La afirmación anterior es singularmente válida para el caso de los estudios sobre Cuba, doblemente condicionados desde el punto de vista de la praxis política, habida cuenta del carácter socialista de su régimen. De ahí que además de recibir determinado influjo y patrones de la latinoamericanística —de los que se excluiría la perspectiva de análisis comparado, muy extendida en este cuerpo de estudios regionales— la «cubanología» se modelara, hasta cierto punto, según los parámetros de la «sovietología». Esta vertiente también experimentó un destacado impulso en la década del 60, marcado por la aparición de nuevos centros e instituciones ocupados en los llamados estudios soviéticos, euroorientales y del comunismo en los países capitalistas desarrollados.¹³

Tanto los estudios sobre América Latina y los procesos de liberación nacional, como acerca de la Unión Soviética, Europa del Este y el movimiento comunista internacional, respondían en esa etapa a imperativos de la política exterior de los Estados Unidos, guiada por el principio estratégico de la *contención*, bajo las administraciones de Kennedy-Johnson, en los tiempos de la *primera guerra fría*, y las de Nixon-Ford-Carter, durante la etapa distensiva, en los años 70. Con posterioridad, la doctrina Reagan y el inicio de la *segunda guerra fría* impactaron en los años 80 la labor de ambas vertientes, de manera que los estudios sobre Cuba ocuparon, por partida doble, un sitio aún más central. Es la época en que cobran fuerza el tema de la proyección externa de la Revolución, sobre todo referida a su significado para los Estados Unidos, los países socialistas y los procesos revolucionarios en el Tercer Mundo; se afianzan las tesis de la «satelización» cubana con respeto a la URSS y la de la «exportación» de la Revolución».¹⁴

En la segunda mitad de la década del 80 se aprecia una revitalización del interés y de los estudios académicos sobre Cuba en los Estados Unidos, en consonancia con diversos acontecimientos que, en la Isla y en la coyuntura internacional, condicionarían la nueva atención y prioridad brindada a dicho tema: la realización del III Congreso del Partido y el

comienzo del *proceso de rectificación*; la salida al aire de Radio Martí y la suspensión del acuerdo migratorio de 1984; la ofensiva norteamericana en torno a la política exterior de Cuba hacia la situación revolucionaria en América Central; las negociaciones sobre la pacificación del África Austral y el inicio de la *perestroika* en la URSS.¹⁵

A partir de los años 90 *se* registra un reavivamiento aún mayor en tales estudios, como consecuencia del derrumbe del socialismo en Europa Oriental y de la desintegración de la Unión Soviética. En esta última etapa, se jerarquizan sus implicaciones económicas y políticas internas para la Isla. Los desenlaces de los procesos revolucionarios en Nicaragua y El Salvador también confluyen como contingencias que estimulan miradas pesimistas hacia el interior de la situación cubana.

En este período cristaliza un nuevo condicionamiento, en la medida que se desata la crisis actual en Cuba y arrecia la política norteamericana. Es también la época que sigue a las conmociones provocadas por procesos judiciales contra altos oficiales del MINFAR Y el MININT, conocidos como las Causas 1 y 2 de 1989. Aquí se concentran los efectos ya palpables de la desaparición del campo socialista, de la escalada propagandística orquestada por los Estados Unidos en Naciones Unidas en torno a supuestas violaciones de los derechos humanos en el país, y del surgimiento y auge de grupos de oposición interna, organizados alrededor de ese asunto. Todo ello daría lugar a múltiples pronósticos sobre la reversión del socialismo y la inminente asfixia de la Revolución. La diversidad de criterios expresada en las discusiones sobre el llamamiento al IV Congreso del Partido y la dilación de este evento serían factores contribuyentes a la conformación de interpretaciones acerca de la crisis de consenso en la Isla.

En efecto, los altibajos de la propia realidad cubana, junto a las nuevas condicionantes de la política norteamericana hacia Cuba tendrían su reflejo en el terreno académico. De ahí emanarían diagnósticos, pronósticos e incluso recomendaciones y criterios destinados a instancias gubernamentales, o al menos circunstancialmente presentados ante ellas.¹⁶ En ese marco, proliferarán estudios sobre la llamada democratización interna, que se centrarán en la temática del sistema político y los derechos humanos.¹⁷

La política de los Estados Unidos en los 90. El consenso sobre la democratización y los derechos humanos

Obviando muchos matices, puede afirmarse que, desde finales de la década del 80, el clima político- ideológico imperante en los sectores gubernamentales de los Estados Unidos ha mostrado continuidad y reforzamiento del ambiente de hostilidad hacia Cuba, que había caracterizado el doble mandato presidencial de Reagan. Después, las proyecciones concretas del gobierno de Clinton anularían las expectativas creadas en determinados círculos políticos a raíz de los comicios de 1992, acerca de un probable cambio en las relaciones bilaterales.¹⁸

Al nivel del ejecutivo y el Congreso, este enfoque, conformado desde fines de los 80, ha contado, en sentido general, y a pesar de las contradicciones puntuales, con consenso y coherencia en cuanto al basamento ideológico y pragmático utilizado reiteradamente por funcionarios gubernamentales de una u otra administración y por los legisladores relacionados con las decisiones en la política exterior. Ello ha quedado patentizado en no pocos documentos ejecutivos, iniciativas, audiencias congresionales y campañas propagandísticas auspiciadas por distintas instancias del gobierno. Dentro de ese marco, no obstante, los criterios de académicos que han participado en audiencias congresionales, en ocasiones han entrado en conflicto con ese consenso, y en otras se han desestimado.¹⁹

Durante el transcurso de la presente década, la pauta de la política norteamericana hacia Cuba ha seguido siendo trazada por la presidencia, a la que se han incorporado otras estructuras ejecutivas de acuerdo con su competencia en uno u otro aspecto del conflicto bilateral, o en la instrumentación de una política concreta.²⁰ Así, el enfoque norteamericano de los

90 podría definirse como la continuidad de la política basada en agresiones y presiones selectivas. Esta «corriente del mantenimiento del *statu quo*», según la denominación de algunos autores, si bien no ha pretendido su reformulación novedosa, ha sido compatible, en el orden estratégico, con otras versiones tácticas que han intentado incrementar en estos años las presiones sobre Cuba.²¹ El debate congresional reciente ha registrado una continuidad básica con el enfoque predominante en el legislativo de etapas anteriores —desde Reagan— apreciable en la articulación de un consenso de línea dura hacia Cuba, que irá predominando sobre las diferencias partidistas e ideológicas. En ese mismo sentido, ha sido débil la capacidad de gestión e influencia de los congresistas interesados positivamente en el tema cubano.²²

La situación interna de Cuba, y en especial los condicionamientos para un eventual mejoramiento de las relaciones bilaterales, identificados como los «cambios democráticos», la «apertura del sistema político» y el «respeto a los derechos humanos», se han mantenido como focos de atención en ese contexto. En concordancia con los requerimientos del discurso ideológico de la democratización, anticipado por Reagan desde su presentación ante el Parlamento Británico en 1982, se han pronunciado Bush y Clinton —cada uno con sus peculiaridades—, mediante alusiones directas a requisitos como las llamadas «elecciones libres» y el pluripartidismo, entre otros. Bush lo hizo en sus aleccionadoras intervenciones en ocasión de conmemorar, en 1989 y 1991, los aniversarios de la República neocolonial cubana ante auditorios de la comunidad cubana.²³ En el caso de Clinton, como han apuntado algunos autores cubanos, la administración en general y el propio presidente «han sostenido en su retórica que no habrá cambios en la política hacia Cuba hasta que no se cumplan los preceptos mencionados [...]; las principales declaraciones, tanto de la Oficina Ejecutiva del Presidente, como del Departamento de Estado en relación con Cuba, han tratado de hacer énfasis en que los Estados Unidos no tienen intenciones de intervenir en la Isla, y de subrayar que el objetivo de su política es promover una transición pacífica hacia la democracia [...]; de la retórica oficial se desprende que la política norteamericana mantiene la línea de continuidad de *two tracks* o dos vías: mantener el nivel de hostilidad y negociar asuntos de interés para los Estados Unidos, sin que esto pueda ser interpretado como una señal de disminución de las tensiones entre ambos países».²⁴

En cuanto al Congreso, habría que anotar que el cabildeo de los tres congresistas cubanoamericanos ha viabilizado los enfoques conservadores de la comunidad cubana, en especial de la Fundación Nacional Cubano-Americana, y constituyen un factor activo en la obstaculización de cualquier modificación en la tradicional hostilidad de la política norteamericana hacia Cuba. La probabilidad de esta modificación, no obstante, se ha reducido sensiblemente, luego de la espectacular victoria republicana en las elecciones de medio término de noviembre de 1994.²⁵

A un nivel más oficioso, esfuerzos no gubernamentales, de instancias privadas, se suman al cuadro descrito, como *Freedom House* y la *National Endowment for Democracy*; en sintonía con éstas funciona el *National Democratic Institute*, a nivel del Partido Demócrata, todo lo cual refleja empeños por promover un esquema de cambios internos en Cuba a través de pasos como los citados, siguiendo un presunto esquema de «transición pacífica a la democracia».²⁶

Al margen de cualquier especulación acerca de coincidencias, afinidades o subordinaciones, existe similitud entre los enfoques político-gubernamentales, las perspectivas académicas que sobresalen y las principales organizaciones de orientación moderada en la emigración, para la referida transformación de Cuba.²⁷

Propuestas en la emigración: subversión democrática y diálogo nacional

Desde 1988, un sector minoritario de la emigración se pronunció a favor de la realización de un plebiscito en la Isla, a través del Centro de la Democracia Cubana (CDC). Entre sus argumentos figuraban la necesidad de subvertir

«democráticamente» el sistema político vigente e imponer el pluripartidismo y la «economía de mercado», así como la aspiración a la denominada «reconciliación nacional» entre la Isla y la emigración, en la fórmula *un solo pueblo*, frecuente en el lenguaje del populismo pequeñoburgués de los años 40. Todo ello debía conducir a la fundación de un nuevo Estad.²⁸

La importancia de este proyecto político era insertarse, cual pieza funcional, institucional, en el esquema más amplio de las lecciones reformistas que la *National Endowment for Democracy* pretendía instrumentar sobre la base de la experiencia de Europa Oriental. Con posterioridad, esta llamada «subversión democrática» —reivindicando una vocación socialdemócrata— se integraría a la «Plataforma Democrática Cubana», surgida en agosto de 1990, como el mayor intento por aglutinar las organizaciones y tendencias de la emigración que abogan por la introducción en Cuba de cambios inspirados en las experiencias de Europa del Este, consonantes con el Proyecto Democracia norteamericano.

A partir de entonces, las apelaciones al desarrollo de un «diálogo nacional» como resorte central propiciador de los ansiados cambios democráticos en la Isla, y de una «transición pacífica», comenzarán a extenderse en el complejo tejido ideológico de la emigración. Sin la condicionalidad exigida por «Plataforma Democrática» y sin su espíritu plattista, surgen ulteriormente otras organizaciones que aparentan mayor moderación política, como «Cambio Cubano» y el «Comité Cubano por la Democracia», y basan también su proyecto en torno al diálogo nacional y en consideraciones relativamente cercanas.

Mirando a Cuba desde afuera: la temática sociopolítica en los años 90

Como resultado de los cambios en la escena internacional que se afirmaron desde 1989, emergieron puntos de vista que intentaban incorporar al análisis la dialéctica del mundo actual, sustituyendo temas y enfoques tradicionales, como el de la «alianza soviético-cubana», el conflicto cubano-norteamericano o el internacionalismo. Así, se reorientarían los estudios especializados sobre Cuba en los Estados Unidos, al centrarse en los problemas sociopolíticos y económicos internos.³⁰

Aunque en el pasado decenio había prevalecido el conservadurismo como pensamiento sobresaliente en los medios intelectuales de la sociedad norteamericana, en el presente se han abierto paso perspectivas más realistas, catalogables como de centro-liberales. Se observa, sin embargo, una notable contracción, tanto del enfoque progresista sobre Cuba, solidario con la Revolución, como de aquel que intentaba promover con cierta distancia un análisis ponderado y objetivo de la realidad cubana. Se advierte una extensión del enfoque apriorístico, predeterminado, orientado a demostrar a ultranza la falta de legitimidad del liderazgo revolucionario y el fracaso del proyecto socialista.³¹

Aunque en la actualidad los estudios sobre Cuba cubren, desde el punto de vista temático, prácticamente todas las facetas de la sociedad cubana, se distinguen sobre todo aquéllos referidos a la crisis y límites de la economía, al carácter obsoleto del sistema político y la inevitabilidad de cambios amparados en el liberalismo burgués y la democracia representativa. A la vez, absolutizan la contraposición del nacionalismo al socialismo, propugnan la reconciliación nacional entre Cuba y el denominado exilio, auspician el diálogo entre el Gobierno revolucionario y la oposición interna organizada, o enarbolan la defensa de los derechos civiles y políticos.

Si bien los enfoques políticos y económicos poseen una indudable identidad teórica y metodológica, se observa una tendencia al entrelazamiento de ambos planos analíticos, lo que les confiere a una parte de éstos un rasgo de aspiración a la integralidad, no siempre lograda. Ello se pone de manifiesto en las perspectivas sobre la recurrente temática de la *transición* cubana.

Los estudios sobre política exterior y relaciones económicas internacionales encuentran también espacio, aunque con

un relieve inferior a la preponderancia que alcanzaron en el pasado decenio, al modificarse la prioridad concedida entonces al internacionalismo, la proyección hacia el Tercer Mundo, el carácter de la política exterior y de la economía con respecto a la URSS. Se suman en ese empeño figuras que tradicionalmente no se habían especializado en el tema cubano, y que de repente se asoman a éste.³²

Al igual que un segmento considerable de las percepciones ideológicas de los sectores político-gubernamentales y de la comunidad cubana, los estudios académicos sobre Cuba en los Estados Unidos continúan marcados por el conflicto bilateral. Este condiciona imágenes que guardan correspondencia con los estereotipos que la política oficial y oficiosa norteamericana esgrime constantemente, según el período histórico y presidencial de que se trate. Estas imágenes se construyen en la actualidad sobre puntos de vista como los que a continuación se exponen. En ellos mismos se distingue el propósito común de contribuir de alguna manera a esbozar la denominada *transición democrática hacia el capitalismo en Cuba en los años 90*.³³

Convendría precisar antes que, aun en aquellos enfoques críticos implícitos en las proposiciones siguientes, se advierten planteamientos e interpretaciones que reflejan con cierta objetividad determinados fenómenos del complejo tejido estructural de la Revolución cubana que pueden compartirse, especialmente a nivel de *diagnóstico*. En otros casos, el enfoque es esquemático e identificable con imperativos de la política de los Estados Unidos. Su denominador común es la carencia de una visión realista, apegada a las condiciones concretas del país, sobre las alternativas con que se enfrenta Cuba.

- Las estructuras socialistas de la sociedad cubana se encuentran en una crisis integral que incluye la ideología, instituciones, liderazgo, sistema social, economía, moral y las relaciones exteriores; vistas de un modo acumulativo, éstas representan una gran amenaza para el socialismo en Cuba. La Isla encara hoy todas las crisis generales que afrontaron los antiguos países socialistas en Europa Oriental y la URSS, así como una serie de crisis adicionales que aquellos estados no tuvieron, y que provienen de su aislamiento internacional y de su cercanía y conflicto histórico con los Estados Unidos. (Howard Wiarda).³⁴
- Cuba debe iniciar cambios, tanto en sus formas de organización política interna, en correspondencia con los deseos de sus ciudadanos y con la eficacia de una inserción internacional que salvaguarde los intereses de la nación, como en sus formas de organización económica, con vista a lograr congruencia con la necesidad de rescatar al país del deterioro paulatino e inexorable en que se encuentra. Ello va aparejado de cambios, en la organización interna, que faciliten el respeto y el apoyo internacional. (Jorge I. Domínguez).³⁵
- El proyecto revolucionario ha muerto como régimen político, manteniéndose viva la Revolución sólo por su conexión a un sistema de respiración artificial compuesto por el nacionalismo y el voluntarismo cubano tradicionales. (Enrique Baloyra).³⁶
- Las perspectivas de recuperar el equilibrio dentro de la lógica continuista de la Revolución no son viables; sólo es posible el cambio con una ruptura de los esquemas existentes, tanto en el orden económico como en el político. No hay equilibrio sin cambio. (Gillian Gunn).³⁷
- El nacionalismo radical cubano, como discurso articulador de la práctica política e institucional de la Revolución, debe reajustarse a las características presentes de la sociedad cubana, así como de la situación internacional. Las prácticas políticas forjadas en la efervescencia de la revolución social hace treinta años son cada vez menos idóneas para gobernar a la Cuba de hoy. (Marifeli Pérez-Stable).³⁸
- Es necesario repensar no sólo el nacionalismo, sino la cuestión de la igualdad. La plataforma ideológica de las tres

décadas pasadas no servirá para las venideras. Es: necesario y fructífero pensar en la posible transición a la economía de mercado en Cuba. (Marifeli Pérez-Stable).³⁹

- El gobierno cubano continúa la represión de los derechos civiles y políticos de la población a través de mecanismos directos e indirectos. Estos últimos se extienden de manera estructural a todas las esferas de la vida cotidiana: política, religiosa y económica, y entrañan un profundo sentido discriminatorio a toda la población. (Juan Clark).⁴⁰
- El colapso inmediato de la Revolución es poco probable. Sus perspectivas en el mediano plazo son inciertas; el régimen actual puede sobrevivir durante un tiempo; es posible el ajuste del sistema político sin cambios abruptos de liderazgo. Puede ocurrir, por tanto, la transición pacífica hacia la democracia. (Gillian Gunn).⁴¹
- La política norteamericana hacia Cuba descansa en la premisa de que la actual situación cubana es insostenible en el largo plazo. La tarea, entonces, es cómo acelerar los inevitables cambios, a un costo aceptable para dicha política. (Jorge I. Domínguez).⁴²
- La política hacia Cuba debe basarse en una estrategia de «comunicación», y superar las opciones de «apretar» y «desatender», ya que es la alternativa que probablemente facilitaría con mayor efectividad la democratización dentro de Cuba, y que protegería al mismo tiempo los intereses de los Estados Unidos a largo plazo. Con ella, el gobierno norteamericano podría alentar el diálogo entre Cuba y la comunidad de exiliados cubanos, así como incrementar - como el más importante aspecto- la presión por los derechos humanos y favorecer el desarrollo de la embrionaria oposición interna. (G. Gunn, W. Smith, S. Farber, J. I. Domínguez).⁴³
- Más importante que la decisión de los Estados Unidos en favor del mantenimiento del *statu quo* o de un endurecimiento de su actual política hacia Cuba, es su constante insistencia en poner fin a las violaciones de los derechos humanos y en propiciar elecciones libres, antes de proceder al levantamiento del embargo. (Susan Kaufman Purcell).⁴⁴

Diversos trabajos se han ocupado, en ese mismo contexto, de examinar una serie de procesos específicas, vinculados al funcionamiento y significado de las principales estructuras políticas de la sociedad cubana actual, y de poner de relieve sus implicaciones sociales e ideológicas adversas para la viabilidad del proyecto revolucionario y socialista. (M. Pérez-Stable, R. P. Rabkin, J. M. del Águila, E. Eckstein).⁴⁵

Además de estos presupuestos, formulados individualmente, no deben omitirse los estudios en equipo que han venido realizando en los últimos años los «tanques pensantes», como Diálogo Interamericano, la Corporación Rand, el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales y el Instituto de Estudios Estratégicos de la Escuela Superior de Guerra del Ejército de los Estados Unidos. Se agrega a ellos el estudio Transición en Cuba, elaborado por el Instituto de Investigaciones Cubanas de la Universidad Internacional de la Florida, y que fue encargado por la Oficina de Información e Investigación del Departamento de Estado y la Agencia Internacional para el Desarrollo.⁴⁶

A pesar de sus particularidades, existe bastante coincidencia en cuanto a los enfoques de tales trabajos; con algunas excepciones, éstos se asemejan a las percepciones mencionadas. Tal vez la principal confluencia se resuma en la consideración de Cuba como una sociedad en transición, ante la cual los Estados Unidos requieren una política flexible, para crear las condiciones favorables dentro de la Isla, de manera que los cambios se dirijan por el rumbo deseado. Esto se pretende alcanzar, en esencia, mediante la estrategia de la «comunicación», que postula el fortalecimiento de los contactos entre la sociedad cubana y la norteamericana como vía para condicionar y acelerar la citada transición.⁴⁷

Estas son algunas de las principales proposiciones que sobresalen y se reiteran en la literatura académica

especializada de los Estados Unidos acerca de la realidad cubana. En la definición de esas percepciones —cuya disección crítica a fondo rebasaría el alcance de este trabajo— sus autores se basan tanto en el supuesto agotamiento del tiempo histórico del proceso revolucionario y socialista en Cuba, como en la necesidad y conveniencia de catalizar cambios en el sistema político y en el modelo económico vigentes que transformen definitivamente la fisonomía de la Isla. Como en otras oportunidades, al examinar los contenidos y pronósticos de los estudios académicos sobre Cuba que hegemonizan el debate intelectual dentro de las ciencias sociales en los Estados Unidos, se advierte que muchas de sus conclusiones se entrelazan o estimulan la visión de proyectos ideológicos asumidos por el gobierno norteamericano y algunos grupos políticos de emigrados, orientados a cambiar el carácter de la Revolución cubana.

Notas

1. Con independencia de las adscripciones teóricas y compromisos políticos de sus autores, podría ilustrarse esa producción académica sostenida con diversos trabajos de *cubanólogos* como Max Azicri, Nelson P. Valdés, Carollee Bengelsdorf, y Michael Erisman, entre otros.

2. William Leogrande, “Two Decades of Socialism in Cuba”, *Latin American Research Review*, 16, (1), 1981.

3. Marifeli Pérez-Stable, “The Field of Cuban Studies», *Latin American Research Review*, 26, (1), 1991.

4. Véase Rafael Hernández., “Mirar a Cuba”, *La Gaceta de Cuba*, 5, septiembre-octubre, 1993.

5. Nelson P. Valdés, “Revolution and Paradigms; A Critical Assesment of Cuban Studies”, en Andrew Zimbalist, ed., *Cuban Political Economy: Controversias in Cubanology*, Boulder y Londres, Westview Press, 1988.

6. El encuentro realizado en la FIU en abril de 1990, denominado “diálogo entre cubanistas”, propició un balance general de las distintas temáticas, disciplinas y enfoques prevaecientes en los estudios sobre Cuba desde el exterior a lo largo de treinta años. Entre las obras de la década del 90 que reflejan la integralidad de planos de análisis y la conjugación de perspectivas inherentes a distintas disciplinas —sociología, historia, ciencias políticas—, quizás uno de los esfuerzos menos más representativos sea el libro de Marifeli Pérez-Stable *The Cuban Revolution. Origins, Course and Legacy*, Oxford University Press, 1993. Un interesante análisis sobre la situación en los años 90 se encuentra en el ensayo de Eloise Linger, “Welcome Changes in Cubanology”, *Sociological Forum*, 6, (1),1991.

7. La definición de *cubanología* ha sido objeto de variadas interpretaciones, tanto en Cuba como en el exterior. En este trabajo se le asume como aquella corriente heterogénea de estudios sistemáticos de carácter académico, cuya gama de percepciones incluyen desde la tergiversación sistemática del proceso revolucionario, hasta enfoques más balanceados, en los que no prima la predeterminación negativa de los juicios sobre la Revolución Cubana. Véase José Luis Rodríguez, “Antecedents of Cubanology”, *Cuban Political Economy*, Op. cit.; y *Crítica a nuestros críticos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales; 1988; José Hernández Martínez, “Ideología y estudios sobre Cuba en Estados Unidos”, *Revista Universidad de La Habana*, (238), 1989; Nelson P. Valdés, Op. cit.; y Marifeli Pérez-Stable, Op. cit.

8: Hernán Yanes, «La Revolución Cubana como problemática de investigación en los EE.UU.: indagación histórica”, en *Los estudios del sistema político cubano y la cubanología: una perspectiva crítica desde el marxismo*, (tesis doctoral), La Habana, 1992: 103.

9. *Ibidem*, 104.

10. Sobre ese proceso, véase Andrés Zaldívar, *Algunas consideraciones sobre el surgimiento y desarrollo de la “cubanología”*, DISEU-UH, La Habana, 1984, y “La cubanología en los marcos de la contrainsurgencia imperialita”, en

Introducción al estudio de la llamada cubanología, CIEM, La Habana, 1985.

11. Carlos Marichal, “Los estudios latinoamericanos en Estados Unidos; academia y política”, en *Iztapalapa*, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM, México, (4), enero-junio, 1981, 204.

12. *Ibíd.*, 105.

13. Para una descripción del desarrollo y papel de la soviología, véase Stephen Cohen, “Scholarly Misions: Sovietology as a Vocation”, en *Rethinking the Soviet Experience. Politics and History Since 1917*, New York, Oxford University Press, 1985.

14. Las características de los estudios sobre Cuba en la década del 80 son analizadas en Ernesto Rodríguez Chávez, «La proyección exterior de Cuba en la llamada cubanología», *Cuadernos de Nuestra América*, La Habana, (14), enero-junio, 1990.

15. Ernesto Rodríguez Chávez, *Op. cit.*

16. Por ejemplo, los estudios elaborados por los llamados “tanques pensantes”: *Cuba en las Américas: retos recíprocos*, del Diálogo Interamericano, en 1992; *Cuba a la deriva en un mundo postcomunista*, de la Corporación Rand, del mismo año; *Transición en Cuba*, del Instituto de Investigaciones Cubanas de la Universidad Internacional de la Florida, en 1993.

17. El seguimiento, por ejemplo, de la sección bibliográfica de la revista *Cuban Studies / Estudios Cubanos*, permite documentar esta trayectoria temática de los estudios académicos sobre la esfera sociopolítica más reciente.

18. Como base para una generalización al respecto, consúltese Rosa López, Miriam Grass y Soraya Castro, “Factores gubernamentales de la política de Estados Unidos hacia Cuba”, *Temas de Estudio*, CESEU, La Habana, (6), octubre, 1989; Soraya Castro, Rosa López y Rosa M. Lobaina. *Cuba en el debate político norteamericano: ¿hacia un nuevo consenso?*, [material de trabajo], CESEU, enero 1994; Soraya Castro, *El tema Cuba en los mecanismos estatales durante el segundo año de la administración Clinton*, ponencia al Taller Internacional “Cuba en la Política Norteamericana.,” La Habana, CESEU, enero de 1995. Véase también el trabajo de Rafael Hernández sobre las relaciones entre Cuba y Estados Unidos contenido en *Cuba en las Américas*, CEA-IEPALA, 1995.

19. Ese fue el caso, por ejemplo, de las intervenciones de Jorge I. Domínguez y de Anthony Maingot ante una audiencia del Comité Selecto de Inteligencia del Senado que tuvo lugar el 29 de julio de 1993. En esa oportunidad, ambos opinaron que los Estados Unidos no habían aplicado una adecuada política hacia Cuba, y propusieron, entre otras cosas, levantar potencialmente determinadas cláusulas del bloqueo. Los dos especialistas convergieron en la necesidad de que el gobierno norteamericano rectificara falsos conceptos sobre el liderazgo cubano, y rediseñara su política hacia la Isla. (*Statements of Jorge Domínguez and Anthony Maingot Before the Senate Select Committee*, julio 29, 1993, Washington, D.C., y Jorge Domínguez, “Hay que rectificar falsos conceptos sobre Castro”, *El Nuevo Herald*, 2 de noviembre de 1993, 15A.

20. *Ibíd.*

21. Véase Pedro Monreal y Julio Carranza, “Cuba en la actual agenda política norteamericana: notas para una evaluación”, *Cuadernos de Nuestra América*, (18), enero-junio, 1992.

22. Al respecto, consúltese Jorge Hernández, *et al.*, *La comunidad cubana y la política de Estados Unidos hacia Cuba*, CEAP, La Habana, noviembre, 1994.

23. Además de ambas intervenciones de Bush, este se pronunció de forma similar en el artículo titulado “A

Challenge to Hold Free Elections”, *The Miami Herald*, 27 de febrero de 1992.

24. Soraya Castro et al., *Cuba en el debate política*, Op. Cit: 10-11.

25. Véase Milagros Martínez, *Dinámica política en la emigración cubana y proyecciones norteamericanas hacia Cuba*, CEAP, La Habana, marzo, 1995.

26. Véase Jorge Hernández, “La política de Estados Unidos hacia América Latina y el Proyecto Democracia; el caso cubano”, [ponencia], Reunión del Grupo de Trabajo de LASA, La Habana, CEA, enero, 1995.

27. Aunque referidos fundamentalmente al ámbito de la prensa., aportan elementos que contribuyen a corroborar esta idea los trabajos de Alfredo Prieto, «La imagen de Cuba en Estados Unidos: la perspectiva de los 90”, *Cuadernos de Nuestra América*, (18), enero-junio, 1992, y «Cuba en los medios de difusión norteamericanos”, *Temas*, La Habana, (2), abril-junio, 1995, p. 13.

28. El esquema propuesto por el CDC proponía también condiciones para la realización del citado proceso, entre las cuales se encontraban la creación de un comité internacional de supervisión, acceso de la oposición a los medios de difusión masiva, legalización de los grupos de derechos humanos, libertad para los presos políticos y derecho a los exiliados para regresar a Cuba, Véase Enrique Baloyra et al., *En apoyo al plebiscito*, CDC, Miami, 1988 y Mildred Torres Calero, «Centro Democrático», *Un solo pueblo*, CDC, Miami, enero, 1989.

29. Para ampliar, véase el trabajo de Ernesto Rodríguez Chávez y Jorge Hernández Martínez, “De la campaña sobre los derechos humanos hacia la fundamentación de una alternativa de poder a la Revolución”, en Ernesto Rodríguez Chávez, *Los derechos humanos*, La Habana, Editorial José Martí, 1991.

30. Un interesante enfoque panorámico sobre el tratamiento de la temática política por la cubanología lo realiza Jorge I. Domínguez en «Politics in Cuba (1959-1989). The State of Research»; así como los comentarios al respecto de Marifeli Pérez-Stable, ambas presentados en el evento «Dialogue among Cubanists. A Seminar on the State of Cuban Studies», celebrado en lo Florida International University en abril de 1990, y publicados en Damián Fernández, ed., *Cuban Studies Since the Revolution*, University Press of Florida, 1992. Sobre las consecuencias de los cambios internacionales para Cuba a inicios de los años 90, véase Cole Blasier, «The End of the Soviet-Cuban Partnership», y Jorge I. Domínguez, «The Political Impact on Cuba of the Reform and Collapse of Communist Regimes», ambos en Carmelo Mesa-Lago, ed., *Cuba Alter the cold War*, Pittsburg University of Pittsburg Press, 1993.

31. Se refiere a la clasificación de enfoques dentro de la cubanología fijados por José Luis Rodríguez. Véase *Crítica a nuestros críticos*, Op. cit.

32. Quizás los casos más notorios sean los de Howard Wiarda y Susan Kaufman-Purcell.

33. En la mayoría de los trabajos la transición tiene como premisa el abandono —por cualquier vía— del socialismo y la caída del Gobierno cubano. Se distinguen al menos dos enfoques básicos; el que parte del supuesto del colapso abrupto del sistema socialista cubano, y el que considera un proceso paulatino, pero inexorable, hacia la desnaturalización y transformación del socialismo en Cuba. Los estudios más importantes al respecto se concentran en las memorias de las reuniones anuales de la Asociación de Estudios de la Economía Cubana (ASCE), publicadas conjuntamente por esta institución y la FIU en volúmenes titulados *Cuba in Transition*, a partir de 1991, y en los resultados del proyecto dirigido por Lisandro Pérez, titulado *Transition in Cuba*, CRI-FIU, 1993.

34. Howard Wiarda, «¿Le ha llegado el turno Cuba? La crisis del régimen de Castro», *Problemas Internacionales*, (1-2), Washington D.C., enero-abril, 1991.

35. Jorge I. Domínguez, «Cuba y el mundo», [ponencia], XVI Congreso de la Asociación de Estudios del Caribe, La

Habana, mayo de 1991.

36. Enrique Baloyra, «Valorando y diagnosticando a Cuba», [ponencia], XVI Congreso de la Asociación de Estudios del Caribe, La Habana, mayo de 1991.

37. Gillian Gunn, «Will Castro Fall», *Foreign Policy*, verano, 1990, y «Cuba in Crisis», *Current History*, marzo, 1991. También Juan del Aguila, «Why Communist Hangs on in Cuba», *Global Affairs*, invierno, 1991.

38. Marifeli Pérez-Stable, «In Pursuit of Cuba Libre», *NACLA Report of the Americas*, 24, (2), agosto, 1990.

39. Marifeli Pérez.-Stable, «Towards a Market Economy in Cuba? Social and Political Considerations», en *Cuba in Transition*, Papers and Proceedings of the First Annual Meeting of the Association for the Study of the Cuban Economy (ASCE), Florida International University, Miami, agosto, 1991, Florida International University, 1992.

40. Juan Clark. «La violación de los Derechos Humanos en las condiciones de vida in Cuba» [ponencia], Conferencia Internacional «Europa llama a Cuba, una propuesta para la democracia», Roma, junio de 1991.

41. Gillian Gunn, Op. cit.

42. Jorge I. Domínguez, *La política de EE.UU. hacia Cuba y las relaciones con América Latina y el Caribe*, [ponencia] Seminario «Elecciones de 1992 y relaciones interamericanas», CEA-Universidad de Columbia, La Habana, 3 al 5 de julio de 1992.

43. Gillian Gunn, Op. cit; Wayne Smith, «Washington and Havana; Time for Dialogue», *World Policy Journal*, verano, 1990, «A Pragmatic Cuba Policy», *Foreign Service Journal*, abril, 1991; y «Por qué no un compromiso constructivo con Cuba?», *Current Issues*, febrero, 1992, Samuel Farber, «Castro Under Siege. The Challenge at Home and Abroad», *World Policy Journal*, verano, 1992; Jorge I. Domínguez, *Testimonio ante el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes*, 2 de abril de 1992, y «The Secrets of Castro's Staying Power», *Foreign Affairs*, (2), verano, 1993.

44. Susan Kaufman Purcell, «Cuba's Cloudy Future», *Foreign Affairs*, verano, 1990, y «Collapsing Cuba», *Foreign Affairs*, primavera, 1992.

45. Véase, por ejemplo, los trabajos de Marifeli Pérez-Stable, «Charismatic Authority, Vanguard Party Politics and Popular Mobilizations: Revolution and Socialism in Cuba», y de Rhoda P. Rabkin, «Cuban Socialism; Ideological Responses to the Era of Socialist Crisis», ambos en *Cuban Studies*, (22), 1992. También el de Juan M. del Aguila, «The Party, the Fourth Congress, and the Process of Counter-Reform», *Cuban Studies*, (23), 1993, y Susan Eckstein, *Cuba: Back from the Future*, Princeton University Press, 1994.

46. Véase referencias en la nota 33. Pudieran agregarse aquí estudios ulteriores realizados por la *Rand Corporation* y la *Internacional Research 2 000 Inc.*

47. Para un análisis detallado sobre las particularidades de los estudios elaborados por dichos centros de pensamiento, véase los trabajos de Jorge Hernández, «Estudios académicos en los Estados Unidos y política hacia Cuba; ideología y ciencias sociales», [ponencia], XVII Congreso de LASA, Atlanta, 1994, y Soraya Castro, Rosa López y Rosa M. Lobaina, «Cuba en el debate político norteamericano: (hacia un nuevo consenso)», CESEU, La Habana, enero, 1994.